

Premio Nobel de Literatura

Alice Munro

Algo que quería
contarte



Una espléndida colección de cuentos, inéditos en castellano, de la premio Nobel de Literatura.

*Para
Sheila
Jenny
Andrea*

Algo que quería contarte

—Desde luego, sabe cómo fascinar a las mujeres —le dijo Et a Char.

No advirtió si se quedaba más pálida al oír ese comentario, porque Char era muy pálida por naturaleza. Ahora, con todo el pelo blanco, parecía un fantasma. Pero seguía siendo bella, eso no lo perdía.

—No le importan ni la edad ni la talla —insistió Et—. Supongo que para él es tan natural como respirar. Solo espero que esas pobres no se dejen engatusar.

—Yo no me preocuparía —dijo Char.

El día anterior, Et había aceptado la invitación de Blaikie Noble para ir a una de sus visitas guiadas y oír su perorata. A Char también la invitó, pero naturalmente ella no fue. Blaikie Noble llevaba un autocar. La parte de abajo estaba pintada de rojo y la de arriba a rayas, imitando un toldo. En los lados se leía: EXCURSIONES AL LAGO, TUMBAS INDIAS, JARDINES DE PIEDRA CALIZA, MANSIÓN DEL MILLONARIO, BLAIKIE NOBLE, CHÓFER, GUÍA. Blaikie tenía una habitación en el hotel, y también trabajaba en los jardines, con un ayudante, cortando el césped y podando los setos y cavando los arriates. Qué bajo ha caído, dijo Et a principios de verano cuando se enteraron de que había vuelto. Char y ella lo conocían de los viejos tiempos.

Así que Et se encontró apretujada en su autocar con un montón de desconocidos, aunque antes de que acabara la tarde había hecho varias amistades y se había comprometido a ensanchar un par de chaquetas, como si no tuviera ya

bastante trabajo. Eso daba igual, su propósito era observar a Blaikie.

¿Y qué tenía para enseñar? Unos montículos cubiertos de hierba bajo los que yacían indios muertos, una parcela llena de pedruscos grisáceos tristes —con formas caprichosas parecidas remotamente a plantas (allí podía estar el cementerio, si querías)— y una monstruosidad de caserón antiguo construido con el dinero del alcohol ilegal. Explotaba todo al máximo. Un discurso histórico sobre los indios, luego un discurso científico sobre la piedra caliza. Et no tenía manera de saber cuánto había de verdad en las cosas que contaba. Arthur lo sabría; pero Arthur no estaba allí, allí no había más que mujeres bobas deseando caminar al lado de Blaikie al ir o al volver de los lugares de interés, charlar con él mientras tomaban el té en el Pabellón de Roca, deseando sentir su recia mano bajo el codo, la otra mano cerca de la cintura, cuando las ayudaba a bajar del autocar («Yo no soy una turista», le susurró Et tajantemente cuando lo intentó con ella).

Les contó que la casa estaba embrujada. Era la primera vez que Et oía esa historia, y había vivido a quince kilómetros de allí toda la vida. Una mujer había matado a su marido, el hijo de un millonario, o por lo menos se sospechaba que lo había matado.

—¿Cómo? —exclamó una señora, con una vehemencia desaforada.

—Ah, las señoras siempre están ansiosas por conocer los medios —dijo Blaikie con una voz untuosa, cargada de sorna y ternura—. Fue con un veneno lento. O eso dijeron. Todo son rumores, habladurías del lugar. —(«Del lugar y un cuerno», protestó Et para sus adentros)—. Por lo visto no le gustaban las amigas que frecuentaba. A la esposa. No, no.

Les contó que el fantasma vagaba de un lado a otro por el jardín, entre dos hileras de abeto azul. Quien se paseaba no era el hombre asesinado, sino la esposa, entre lamentos. Blaikie sonreía con aire compungido a los pasajeros del au-

tocar. Al principio Et pensó que sus atenciones eran falsas, un vulgar señuelo para contentar a la clientela, pero poco a poco empezó a cambiar de idea. Se inclinaba hacia cada mujer con la que hablaba, sin importar lo gorda o escuálida o boba que fuera, como si deseara encontrar algo único en ella. Tenía una mirada dulce y risueña, pero seria, concentrada (¿era esa la mirada que los hombres tenían después de hacer el amor, y que ella nunca vería?), que le hacía parecer un buceador hundándose en las profundidades del mar, a través de la inmensidad y el frío y los restos sumergidos, para descubrir ese algo único que deseaba encontrar de todo corazón, algo pequeño y precioso, difícil de hallar, tal vez como un rubí en el fondo del mar. Le habría gustado describirle esa mirada a Char. Seguro que Char la había visto, pero ¿sabía ella con qué facilidad se prodigaba?

Char y Arthur habían estado planeando un viaje ese verano para ver el parque de Yellowstone y el Gran Cañón, pero no fueron. Arthur sufrió una serie de mareos justo al final de curso, y el médico le obligó a guardar cama. Salieron varios achaques. Era anémico, tenía arritmias y un problema de riñones. Et temió que fuese leucemia. Se despertaba por la noche de preocupación.

—No seas tonta —dijo Char con serenidad—. Es solo agotamiento.

Arthur se levantaba al anochecer y se quedaba en bata. Blaikie Noble iba a visitarlo. Decía que su habitación en el hotel era un agujero encima de la cocina, estaban intentando cocerlo al vapor. Por eso apreciaba el fresco del porche. Jugaban a los juegos preferidos de Arthur, juegos de maestro de escuela. Jugaron a uno de geografía, y también a ver quién conseguía formar más palabras a partir del nombre Beethoven. Ganó Arthur. Sacó treinta y cuatro. Estaba pleórico.

—Cualquiera diría que has encontrado el Santo Grial — dijo Char.

Jugaban a «¿Quién soy?». Cada uno tenía que elegir un personaje, real o imaginario, vivo o muerto, humano o animal, y los demás intentaban adivinarlo en veinte preguntas. Et supo quién era Arthur a la decimotercera pregunta. Sir Galahad.

—Nunca creí que lo adivinaríais tan pronto.

—He recordado lo que ha dicho Char del Santo Grial.

—«Tengo la fuerza de diez hombres —recitó Blaikie Noble el poema de Tennyson— porque mi corazón es puro». No sabía que lo recordara.

—Deberías haber sido el rey Arturo —dijo Et—. Te llamas como él.

—Es verdad. El rey Arturo se casó con la mujer más bella del mundo.

—Ya —dijo Et—. Todos conocemos el final de esa historia.

Char entró en el salón y empezó a tocar el piano a oscuras.

*The flowers that bloom in the spring, tra-la,
Have nothing to do with the case...^[1]*

Cuando llegó Et, sin aliento, aquel junio pasado, y le preguntó:

—¿A que no adivinas a quién he visto por la calle en el centro?

Char, que estaba de rodillas recogiendo fresas, contestó:

—A Blaikie Noble.

—Le has visto.

—No, simplemente lo he sabido. Creo que lo he sabido por tu voz.

Un nombre que no se había mencionado entre ellas desde hacía treinta años. En ese momento, Et estaba demasiado asombrada para pensar en la explicación que se le ocurrió más tarde. ¿Por qué iba a ser una sorpresa para Char? En este país había un servicio postal, y lo había habido siempre.

—Le he preguntado por su mujer —dijo—. La de los muñecos. —(Como si Char no se acordara)—. Dice que murió hace mucho tiempo. No solo eso. Se casó con otra y también está muerta. Ninguna de las dos debía de ser rica. ¿Y dónde está todo el dinero de los Noble, del hotel?

—Nunca lo sabremos —dijo Char, y se comió una fresa.

El hotel acababa de abrir de nuevo. Los Noble lo habían abandonado en los años veinte y durante un tiempo el ayuntamiento lo había mantenido operativo como hospital. Ahora lo había comprado una gente de Toronto, que remodeló el comedor, puso una coctelería y recuperó el césped y el jardín, aunque al parecer la pista de tenis no tenía arreglo. Volvieron a instalar un circuito de cróquet. La gente iba a pasar el verano, pero no era la clase de clientela de otros tiempos. Parejas jubiladas. Muchas viudas y señoras solteras. Nadie habría recorrido una manzana para verlas bajar del barco, pensaba Et. Tampoco es que hubiera un barco.

La primera vez que se encontró con Blaikie Noble por la calle, se había propuesto no delatar ninguna sorpresa. Blaikie llevaba un traje de color crema y el pelo, que siempre había estado decolorado por el sol, ahora estaba decolorado definitivamente, blanco.

—Blaikie. Sabía que o eras tú, o era un cucurucho de vainilla. Apuesto a que no sabes quién soy.

—Eres Et Desmond y lo único en que has cambiado es en que te cortaste las trenzas. —La besó en la frente, atrevido como siempre.

—Así que has venido a visitar los lugares de antaño — dijo Et, preguntándose quién habría visto aquello.

—A visitarlos, no. Los frecuento.

Entonces le contó que se había enterado de que el hotel volvía a abrir sus puertas, y que se dedicaba a esas cosas desde hacía tiempo, a llevar autocares turísticos, en varios sitios, en Florida y Banff. Y cuando Et le preguntó, dijo que había enviudado dos veces. Blaikie no le preguntó en ningún momento si ella se había casado, dando por hecho que no. Tampoco le preguntó si Char estaba casada, hasta que ella se lo contó.

Et recordaba la primera vez que tomó conciencia de la belleza de Char. Estaba mirando una fotografía donde salían las dos con su hermano, que se ahogó. Et tenía diez años en la fotografía, Char catorce y Sandy siete, apenas un par de semanas antes de que la muerte se lo llevara. Et estaba sentada en una silla sin brazos y Char estaba detrás de ella, apoyando los brazos en el respaldo de la silla, y Sandy vestido de marinero con las piernas cruzadas en el suelo; una terraza de mármol, parecía, por el efecto que creaba lo que no era nada más que un lienzo lleno de polvo, amarillento, pero que en la fotografía salía como una columna y una cortina drapeada, con un decorado de álamos y fuentes a lo lejos. Char se había recogido el pelo para la fotografía y llevaba un vestido de seda largo hasta el tobillo, de un azul vivo —aunque por supuesto el color no se advertía— con intrincados ribetes de terciopelo negro. Posaba esbozando una sonrisa, con mucha compostura. Podría haber tenido dieciocho, podría haber tenido veintidós. No era una de esas bellezas turgentes y tímidas que solían aparecer en calendarios y cajas de puros de la época, sino angulosa y delicada, intransigente, desafiante.

Et contempló la fotografía y luego fue a mirar a Char, que estaba en la cocina. Era día de colada. La mujer que

venía a ayudar estaba pasando la ropa por el escurridor de rodillos, y su madre estaba sentada descansando y mirando a través de la mosquitera de la puerta (nunca superó lo de Sandy, y nadie esperaba que lo hiciera). Char estaba almidonando los cuellos de las camisas de su padre, que tenía un quiosco de tabacos y golosinas en la plaza y se los cambiaba todos los días. Et iba preparada para descubrir que se había producido alguna transformación, como en el decorado, pero no fue así. Char, inclinada sobre el barreño, taciturna y de mal humor (odiaba los días de colada, el calor y el vapor y sacudir las sábanas y el gorgoteo con que tragaba la máquina; de hecho no le gustaban nada las tareas domésticas), mostraba en la realidad la misma armonía casi altiva que en la fotografía. Eso hizo que Et comprendiera, sin desearlo del todo, que los atributos legendarios existían de verdad, que afloraban donde y cuando menos esperabas. Había llegado a creer que las mujeres bellas eran seres ficticios. Char y ella iban a ver a los pasajeros que bajaban del barco en las excursiones de los domingos y subían andando hasta el hotel. Tanta blancura te hacía daño a los ojos, los vestidos y las sombrillas de las damas y los trajes de verano y los sombreros de jipijapa de los hombres, además del sol que refulgía sobre el agua y la orquesta que tocaba. Mirando con detenimiento a aquellas damas, sin embargo, Et siempre encontraba algún defecto. Un cutis reseco o adiposo o cuellos de pavo o nidos de pelo sin brillo, probablemente postizo. Et, joven como era, no dejaba que se le escapara nada. En la escuela la respetaban por su aplomo y su lengua afilada. Era la que te decía si habías salido a la pizarra con un agujero en la media o un dobladillo rasgado. Era la que imitaba (aunque siempre en un rincón del patio, donde no pudieran oírla) a la maestra leyendo «El entierro de *sir* John Moore».

Aun así, le habría parecido mejor encontrar bella a una de esas damas, y no a Char. Habría sido más apropiado. Más lógico que Char con el delantal mojado y la expresión

ceñuda, inclinada sobre el barreño del almidón. Et era una persona a quien no le gustaban las contradicciones, no le gustaban las cosas fuera de lugar, no le gustaban los misterios ni los extremos.

No le gustaba verse reconocida por el halo lúgubre de que Sandy se hubiera ahogado, no le gustaba el recuerdo que la gente guardaba de su padre cargando el cuerpo desde la orilla. Se la podía ver al anochecer, con los bombachos de gimnasia, haciendo la voltereta en el patio de la casa azotada por la desgracia. Hizo una mueca, que nadie vio, un día en el parque cuando Char dijo: «Fue mi hermano pequeño el que se ahogó».

El parque miraba a la playa. Estaban allí de pie con Blaikie Noble, el hijo del dueño del hotel, que dijo:

—Esas olas pueden ser peligrosas. Hace tres o cuatro años se ahogó un crío.

Y Char, aunque hay que reconocer que no por ponerse trágica, sino asombrada de que él supiera tan poco de la gente de Mock Hill, contestó:

—Fue mi hermano pequeño el que se ahogó.

Blaikie Noble no era mayor que Char —de haberlo sido habría estado combatiendo en Francia—, pero no había vivido toda la vida en Mock Hill. No conocía a la gente que era realmente de allí tan bien como conocía a los huéspedes habituales del hotel de su padre. En invierno se marchaba con sus padres a California, en el tren. Había visto el oleaje del Pacífico. Había jurado lealtad a su bandera. Tenía modales democráticos, la piel bronceada. Era una época en que la gente no solía ponerse morena por el ocio, solo por trabajar. Tenía el pelo decolorado por el sol. Era casi tan guapo como Char, pero a diferencia de ella, estaba corrompido por el encanto.

Era el apogeo de Mock Hill y los demás pueblos alrededor de los lagos, de todos los hoteles que en años poste-

riores se convertirían en campamentos de verano para niños de ciudad, sanatorios para tratar la tuberculosis, cuarteles donde hacían instrucción los pilotos de la RAF durante la Segunda Guerra Mundial. La pintura blanca del hotel se renovaba cada año, se ponían flores en los troncos huecos sobre las barandas y en las macetas colgadas de una cadena. Se colocaban circuitos de cróquet y columpios de madera en el césped, se alisaba la pista de tenis. La gente que no podía alojarse en el hotel, empleados jóvenes, dependientes y chicas de las fábricas de la ciudad, se instalaban en unas casitas minúsculas, unidas por celosías que ocultaban los cubos de la basura y los retretes exteriores comunes, que se extendían en una larga hilera frente a la playa. A las niñas de Mock Hill, si tenían una madre que se preocupaba por lo que hacían, les prohibían acercarse por allí. Nadie se preocupaba por lo que Char hacía, así que paseaba por el entarimado de madera que había delante bajo el sol cegador de la tarde, y le pedía a Et que la acompañara. Las casitas no tenían vidrios en las ventanas, solo unos postigos de madera que se encajaban para cerrarlas por la noche. De los agujeros oscuros llegó una o dos veces una invitación en susurros tristes o ebrios, nada más. La imagen y el estilo de Char no atraían a los hombres, tal vez los intimidaban. Mientras iba al instituto de Mock Hill nunca había tenido novio. Blaikie Noble fue el primero, si es eso lo que fue.

¿Hasta dónde llegó esa historia entre Char y Blaikie Noble, en el verano de 1918? Et nunca lo supo con certeza. Blaikie no iba a buscarla a casa, o al menos no lo hizo más de una o dos veces. Siempre andaba ocupado, trabajando en el hotel. Todas las tardes hacía excursiones en una carreta entoldada y abierta por los costados, siguiendo la orilla del lago, y llevaba a la gente a ver las tumbas indias y el jardín de piedra caliza y a echar un vistazo a través de los árboles de la mansión gótica de piedra, construida por un destilador de Toronto y que en la zona se conocía como

Castillo del Grog. También estaba a cargo del espectáculo de variedades que el hotel ofrecía una vez a la semana, con una mezcla de talento local, huéspedes dispuestos a actuar y cantantes y cómicos traídos expresamente para la ocasión.

La última hora de la mañana parecía ser el momento en que Blaikie y Char podían verse. «Vamos, tengo que ir al centro», decía Char, y de hecho recogía el correo y caminaba un trecho bordeando la plaza antes de torcer hacia el parque. Blaikie Noble no tardaba en asomar por la puerta lateral del hotel y remontaba el sendero empinado dando brincos. A veces ni se molestaba en seguir el sendero, sino que saltaba la valla de atrás para impresionarlas. Ningún chico del instituto de Mock Hill habría hecho nada de eso, los brincos y los saltos, con tanta torpeza y naturalidad a la vez. Blaikie Noble actuaba como un hombre imitando a un niño; se burlaba de sí mismo pero tenía garbo, como un actor.

—Se cree el no va más, ¿no? —le dijo Et a Char, observándolo. De entrada había decidido que Blaikie no le caía bien.

—Desde luego —dijo Char.

Se lo contó a Blaikie.

—Et dice que te crees el no va más.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que si no te lo crees tú, no se lo cree nadie.

A Blaikie no le importó. Había decidido que Et le caía bien. Le desbarataba de un tirón en un visto y no visto el peinado que se hacía con las trenzas prendidas en la coronilla. Les contaba secretos de los cantantes que actuaban en los conciertos. Les contó que el baladista escocés era un borracho y se ponía corsés; que el transformista llevaba incluso en su habitación del hotel un camisón azul con plumas; que la ventrílocua hablaba con sus muñecos —se llamaban Alphonse y Alicia— como si fueran personas de verdad, y se los sentaba en la cama, uno a cada lado.

—¿Y tú cómo lo sabes? —decía Char.

—Le llevo el desayuno.

—Pensaba que teníais sirvientas para eso.

—La mañana después del espectáculo me encargo yo. Es cuando les entrego el sobre con la paga y les doy el pasaporte. Algunos se quedarían toda la semana si no les avisaras. Se sienta en la cama e intenta darles trocitos de beicon y habla con ellos y hace que le contesten; si pudieras verlo, te daría un ataque.

—Supongo que está chalada —dijo Char serenamente.

Una noche aquel verano, Et se despertó y recordó que se había dejado el vestido de organza rosa tendido fuera, después de lavarlo. Creyó oír que llovía, como si empezaran a caer las primeras gotas. No era más que el rumor de las hojas, pero estaba confundida, al despertarse así. También creyó que era muy de madrugada, aunque al pensarlo después llegó a la conclusión de que debía de ser solo cerca de medianoche. Se levantó y bajó las escaleras, encendió la luz de la cocina y salió por la puerta del lavadero, y desde lo alto del porche alcanzó la cuerda de tender la ropa. Entonces prácticamente bajo sus pies, en la hierba que había justo al lado de los peldaños, donde una mata de lilas había crecido desmadrada y era del tamaño de un árbol, dos figuras se incorporaron; no se levantaron ni se sentaron, solo alzaron la cabeza, como de la cama, de alguna manera enredados todavía. La luz del lavadero no los iluminaba de lleno, pero alumbraba el patio lo suficiente para que les viera la cara. Blaikie y Char.

No le dio tiempo a fijarse en su ropa, para ver hasta dónde habían llegado o iban a llegar. Tampoco habría querido. Le bastó con verles le cara. Tenían la boca grande e hinchada, las mejillas hundidas, ásperas, los ojos eran cuencas. Et dejó el vestido, entró corriendo en la casa y se metió en la cama, donde se sorprendió al quedarse dormida.

Al día siguiente Char no le dijo ni una palabra sobre lo ocurrido esa noche. Solo dijo:

—Te he recogido el vestido del tendedero, Et. Me pareció que podía llover.

Como si nunca hubiera visto a Et agarrada a la cuerda de la ropa. Et dudó. Sabía que si le decía «Me viste», probablemente Char le diría que había sido un sueño. Dejó que pensara que era lo que creía, si eso es lo que Char pensaba. De ese modo, Et salía ganando; sabía cómo era Char cuando perdía sus poderes, cuando se entregaba. Ni siquiera Sandy, ahogado y con la nariz taponada de aquella sustancia verdosa, podía parecer más perdido.

Antes de Navidad llegó a Mock Hill la noticia de que Blaikie Noble se había casado. Se había casado con la ventrílocua, la de Alphonse y Alicia. Aquellos muñecos, que llevaban trajes de noche e iban repeinados al estilo de Vernon e Irene Castle, habían dejado un recuerdo más nítido que la señora en cuestión. La gente solo recordaba con certeza que no podía tener menos de cuarenta años. Con un chico de diecinueve. Era por no haberse criado como los demás chicos, le habían dado las riendas del hotel, lo habían llevado a California, permitiendo que se mezclara con gente de toda clase. Así se acababa en la depravación, como cabía esperar.

Char tomó veneno. O pensó que era veneno. Tomó azulete para blanquear la ropa. Lo primero a lo que echó mano en la estantería del lavadero. Et volvió de la escuela (se había enterado de la noticia a mediodía, por Char, de hecho, que se rio y dijo: «¿No es para morirse?») y la encontró vomitando en el lavabo.

—Ve a por el libro de medicina —le pidió Char. Un gruñido terrible le salió sin querer de dentro—. Lee lo que dice sobre envenenamiento.